

en Parma ó en Nápoles? Si la política de la reina de España es egoísta, como toda política de príncipe, al ménos tiene algo de divertido: es como un cambio continuo de decoraciones en un teatro. La escena empieza por una guerra á muerte contra el emperador; Alberoni se compromete á arrojar á los bárbaros de Italia. Cuando la intervencion de Inglaterra y Francia puso fin á este hermoso sueño, la reina se consoló con un proyecto de matrimonio de una infanta con Luis XV, esperando que se presentára ocasion de colocar á los infantes. Pero la infanta no tenía más que cuatro años, y la Francia estaba impaciente por tener un delfín. Se devolvió, pues, la jóven princesa á España. Con este motivo, como era de esperar, montan en cólera mamá y papá. Para vengarse de la Francia, se volvieron hácia el Austria. Se trataba nada ménos que de una alianza íntima entre las dos casas: se prometia á la reina dar una archiduquesa á su infante, lo cual le abria el trono de Austria, y hasta la perspectiva de reunir algun dia toda la herencia de Carlos V sobre su cabeza. ¡Ah, el sueño era demasiado hermoso! Se habian reido de la reina. A la alianza íntima sucedió un acceso de furor contra el emperador que la habia engañado. A falta de un imperio, fué preciso contentarse con la Toscana y con Parma, y para obtener aquellos pequeños ducados no habia más que un medio, aproximarse á la Francia. La reina olvidó el ultraje hecho á la infanta, por casar los infantes. Pero el emperador tenía tambien algo que ver en Italia: la reina tuvo que resignarse á solicitar su investidura para los ducados italianos. Se guardó su cólera y trató de nuevo con la córte imperial. Esto no le impidió algunos años más tarde el coaligarse con la Francia en contra del emperador. Es que todavía habia un infante sin principado. Lo que la mujer quiere, Dios lo quiere. Los infantes acabaron por ser casados. Lo cual indudablemente debió hacer saltar de gozo á los Españoles. A la verdad, que si no estaban satisfechos, debian ser difíciles de contentar. ¿No prosperaba la casa real? Y cuando los infantes estaban bien establecidos, ¿qué podia faltar á la nacion?

Parece que en una monarquía constitucional como Inglaterra, los intereses generales debian dominar sobre el interes particular del príncipe. Pero en el siglo XVIII el régimen representativo es-

taba muy léjos de ser una verdad, la monarquía seguia ejerciendo una grande influencia, y puede asegurarse que cuando un rey interviene en los negocios públicos, lo hace por un interes dinástico ó cosa parecida. Los príncipes de Hanover estaban preocupados con su situacion precaria, en presencia de una familia que, aunque viviendo en el destierro, contaba con numerosos partidarios en los tres reinos. No dirémos con un historiador moderno «que el miedo que los atormentaba incesantemente era el azote con que el cielo castigaba la usurpacion» (1). Schoell olvida que la casa de Hanover fué llamada al trono por un acto del Parlamento, y esta legitimidad vale algo más que la de la herencia en un Estado cuya constitucion se funda en la soberanía del pueblo. Pero es cierto que el miedo inspiró la política de los príncipes de Hanover. Jorge I, sintiéndose mal asentado en su nuevo trono, queria á toda costa asegurarse en él por medio de alianzas; esto fué en él ya una verdadera manía. Hizo tratados con todo el mundo. Estos convenios eran vanos y ridículos, á fuerza de ser contradictorios. Si el emperador hubiese atacado á la España, la Inglaterra hubiera debido suministrar á ésta un cuerpo auxiliar de doce mil hombres. Si la Francia hubiera atacado al emperador, éste hubiera tenido igualmente derecho á un auxilio de doce mil Ingleses. Si la Holanda hubiese hecho la guerra á la Francia, doce mil Ingleses hubieran estado obligados á combatir en las filas de los Franceses. A su vez las Provincias Unidas tenian derecho á reclamar doce mil Ingleses, si la Suecia las atacaba. Podia, pues, suceder que Inglaterra se batiera en toda Europa sin tener guerra con nadie. Hay más; en rigor hubiera tenido que combatir á sus propios aliados, porque era aliada de toda Europa. Por el mero hecho de negarse á facilitar un cuerpo auxiliar contra sus aliados, sus tratados, tan laboriosamente celebrados, caian por tierra, porque el uno anulaba al otro (2).

Esta manía de las alianzas es la menor de las censuras que la historia tiene que dirigir á la casa de Hanover. Los contemporáneos han hecho ya notar que los reyes de Inglaterra se preocupa-

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XXXVII, p. 8.

(2) RAPIN DE THOYRAS, *Historia de Inglaterra*, t. XIII, p. 383.

ban bastante más de sus establecimientos de Alemania que de la corona á que los había llamado la nacion inglesa; gobernaban la Inglaterra, dice Federico II, por los intereses del electorado de Hanover (1). Esta política estaba todavía en parte inspirada por el temor. Los príncipes hanoverianos seguían temiendo que una revolucion les quitase un trono que les había dado otra revolucion; pensaban en asegurarse una retirada en su querido electorado. Además, los primeros reyes de la casa de Hanover eran completamente alemanes. Eran pequeños príncipes de los que hormigueaban en el imperio, que se veían súbitamente elevados á una grandeza que en la pequeñez de sus ideas ni siquiera llegaban á comprender; desconocían lo mismo el carácter, las costumbres, la constitucion del pueblo que debían gobernar, que su lengua. Los Jorges siguieron siendo durante dos generaciones pequeños príncipes alemanes, con sus mezquinas miras, y sin ver en el gobierno de una nacion más que un medio de engrandecer su electorado y de aumentar su tesoro, aficionados á tener queridas y un ejército para jugar á los soldados. Sin embargo, el destino de Inglaterra estaba unido á esta pobre dinastía. Era su defensa contra la familia caida. Cualquiera que fuese la pequeñez de los príncipes que los regían, los Ingleses continuaron su política. Los sacrificios que tuvieron que hacer por las posesiones alemanas de sus reyes, eran en cierto modo el precio que pagaban á su nueva dinastía para que les garantizase contra la vuelta de la antigua.

El jefe del imperio estaba á la altura de los príncipes alemanes. ¡Qué contraste entre las pretensiones del emperador y la realidad! No hablamos de su poder, que la paz de Westfalia había anulado; hablamos de la política imperial. El sucesor de los Césares romanos, el heredero de los Carlo-Magnos, de los Othones y de los Hohenstaufen, se seguía llamando el señor del mundo; y aquel monarca universal no era más que un buen padre de familia á la manera de los comerciantes, que trataba de engrandecer sus dominios, no por la fuerza de las armas, sino por matrimonios y sucesiones. Esta rastrera ambicion fué el carácter de los Hapsburgos.

(1) SAINT-SIMON, *Memorias*, t. X, p. 273.—FEDERICO II, *Historia de mi tiempo*, c. 1 (*Obras*, t. II, p. 13).

Se les ha hecho favor al suponerles veleidades de monarquía universal: no tenían tanta talla. Para ellos los Estados eran tierras que se arrendaban, y ellos las explotaban como buenos arrendatarios. En la época que nos ocupa, la gran preocupacion del último de los Hapsburgos era hacer pasar su corona y todos sus dominios á su hija, á falta de hijo. La *pragmática sancion*, que consagra este orden de suceder, fué el asunto de toda su vida. Para garantizarla, celebró tantos tratados como hacían los príncipes de Hanover para conservarse en el trono de Inglaterra. Al ménos los Ingleses estaban interesados en conservar su dinastía, áun cuando no fuera más que por librarse del régimen de los Estuardos. Pero ¿qué importaba á los pueblos, más bien encadenados que asociados á la corona de los Hapsburgos, que la archiduquesa María Teresa fuese ó no heredera de su padre? ¿Qué interes tenían los Italianos, los Eslavos, los Húngaros, los Bohemios y los Belgas en que la monarquía austriaca siguiese siendo un todo indivisible? Sus príncipes no habían visto nunca en ellos más que dominios. ¿Por qué aquellos prados, aquellas tierras y aquellos bosques no habían de ser repartidos? ¿Y qué hubieran perdido en ello los pueblos? ¿Podían llegar á ser ménos que cosas?

No diremos más que una palabra de la política de los reyes del Norte. Carlos XII abandonó su capital á la edad de diez y ocho años y no la volvió á ver más. Pasó su vida peleando por el puro placer de pelear. En vano es buscar en él una idea política; á no ser por su heroísmo, habría que colocarle entre los insensatos. ¿Qué es lo que los Suecos ganaron con sus empresas? La Suecia fué despoblada, arruinada, desmembrada. No basta el valor militar para hacer un grande hombre: si no lo inspira una idea, no es más que una pasion brutal. Carlos XII tenía tanto valor como Gustavo Adolfo; pero ¡qué distancia entre el héroe que salvó el protestantismo y el soldado que causó la decadencia de su país! Hay otro héroe del Norte. Si el título de grande corresponde á los príncipes que fundan un Estado, el czar Pedro tiene derecho á él. Aparte de esto, es evidente que en la política de aquel fundador de imperio no se debe buscar ni derecho, ni justicia, ni áun un interes nacional, porque los Rusos no tenían conciencia de su nacionalidad. No hay más moralidad en el reinado del gran czar,

que la que hay en una tempestad ó en la erupcion de un volcan. Cortaba en los Estados enemigos lo mismo que si los pueblos fuesen una materia inerte. ¿Puede dirigírsele una censura, cuando en su propia familia sacrificaba su sangre con la misma indiferencia que un jardinero poda un árbol y corta las ramas que pueden estorbar á su crecimiento?

III.

La segunda mitad del siglo XVIII fué ilustrada por un movimiento filosófico, cuyos excesos no afectan á su grandeza. No era una filosofía de escuela, era una explosion de los sentimientos y de las necesidades de la humanidad. Cosa notable, los grandes escritores que se pusieron á la cabeza de aquella cruzada contra los abusos del pasado no miraban por los intereses particulares de un pueblo; eran los oradores del género humano, predicaban la fraternidad de las naciones, atacaban las preocupaciones hostiles que las dividen, hacian una guerra á muerte á los conquistadores, esos usurpadores de la gloria; cosmopolitismo y humanidad, tal era su divisa. ¿Estuvo la política de los reyes á la altura del siglo de los filósofos? Pudiera creerse así, al ver á los príncipes y á las emperatrices afiliados bajo la bandera de la filosofía. Pero bien pronto desaparece la ilusion cuando de sus palabras se pasa á sus obras; el lenguaje es el de Montesquieu y el de Voltaire, las acciones están inspiradas por el genio de Maquiavelo. Los príncipes abundan en las máximas de los filósofos mientras se trata de la teoría ó de cautivar la opinion pública, pero vuelven bien pronto á su sistema cuando se trata de sus intereses: el egoismo es el pecado original de los reyes, no hay bautismo que de él los lave, como no sea el bautismo de las revoluciones, que trasforma la monarquía, haciendo de un poder absoluto un ministerio y una garantía.

A mediados del siglo XVIII estuvo en su apogeo la doctrina del equilibrio. Se lee en la obra de un príncipe á quien la historia ha dado el título de grande: «La tranquilidad de la Europa se funda principalmente en el mantenimiento de este equilibrio, por cu-

yo medio la fuerza superior de una monarquía es contrarestanda por el poder reunido de algunos otros soberanos. Si llegase á faltar este equilibrio, sería de temer llegase una revolucion universal y se estableciese una nueva monarquía sobre los restos de los príncipes á quienes su desunion hubiese hecho débiles. Solamente su union puede hacerlos formidables y conservar en Europa la paz y la tranquilidad» (1). Federico II, al hacer este elogio del equilibrio, era el órgano de la opinion general. Nunca se ha escrito más sobre la balanza de los poderes; si esta doctrina pudiese asegurar la paz, hubiera debido hacerlo precisamente entonces que príncipes y publicistas la celebraban á porfía como una especie de panacea. Pero los reyes, empezando por el autor del Anti-Maquiavelo, se reian del equilibrio en cuanto estorbaba á su ambicion. Querian la balanza mientras se inclinaba á su lado, pero á poco interes que tuvieran en perturbar este equilibrio, [echaban la doctrina por la ventana.

Durante veinte años, el emperador Cárlos VI no se ocupó más que de contraer alianzas y de firmar tratados para obtener la garantía de su *pragmática sancion* de todos los príncipes de Europa. No retrocedió ante ningun sacrificio para alcanzar su objeto, y al parecer lo consiguió. Todas las potencias se comprometieron á conservar la indivisibilidad de la monarquía austriaca, y todos proclamaron que el equilibrio exigia que María Teresa fuese la heredera única de su padre. Cárlos VI murió tranquilo. Apenas murió, se formó una formidable coalicion contra la jóven reina. ¿Y quién se encontraba á la cabeza de esta liga? El primero que tomó las armas para desmembrar la monarquía de Austria fué Federico II, el autor del Anti-Maquiavelo, cuyas palabras acabamos de transcribir. Habia olvidado la doctrina del equilibrio, y no pensaba más que en aprovecharse de la buena fortuna para redondear su reino. La Francia desempeñó el papel principal en aquella loca empresa; ¿pero qué fin se proponia? Los historiadores franceses dicen que sería difícil, aún para el más versado en la política, el contestar á esta pregunta. Cuando Luis XV hizo la paz de Aix-la-Chapelle, pronunció estas palabras que Voltaire ha celebrado:

(1) *El Anti-Maquiavelo*, c. 26.

«He hecho la paz como rey, y no como comerciante.» Esto era decir: «No he ganado nada en la guerra, porque la he hecho por mi gusto» (1). Hay, sin embargo, una potencia que intervino en la lucha por salvar el equilibrio. Los Ingleses seguían teniendo en los labios la palabra equilibrio; pero sabemos, por la declaración solemne de la reina Ana, lo que significa el equilibrio para ellos; se trata de asegurar su comercio. Este comercio se hace tan invasor, que bien pronto no sufrirá competencia. Aspira á la dominación de los mares; ¿y este imperio marítimo no es también una especie de monarquía universal bastante más real que la que pudiera elevarse sobre el continente, y mucho más peligrosa para los intereses de los demás estados?

Después de la paz de Aix-la-Chapelle, la política europea cambió de repente, como cambia la decoración en una comedia de magia. Luis XV había armado á la Europa para desmembrar la monarquía austriaca. Pero el rey cristianísimo se hizo aliado íntimo de la reina á quien había querido despojar, y enemigo mortal de su aliado natural. Bajo el punto de vista del equilibrio, estas alianzas no tenían sentido. Por esto María Teresa dice que la balanza era una quimera; lo cual, en boca de los príncipes, quiere decir: «¡Viva el más fuerte!» En realidad, la fuerza dominaba en la política europea, lo mismo entre los políticos que invocaban el equilibrio, que entre los que lo negaban. La Inglaterra se decidió por Federico contra el Austria, su antigua aliada. Intervino en nombre del equilibrio. Pero no era Pitt el hombre del equilibrio, es decir, del repartimiento del poder; quería la dominación para su patria, quería la guerra á toda costa, porque era favorable para la Inglaterra y ruinosa para su rival. María Teresa no tenía otro móvil. En la guerra de sucesión, cuando la victoria volvió á sus banderas, pensó en desmembrar la Francia. En la guerra de los Siete años contaba con aniquilar la Prusia y con repartir sus jirones entre sus aliados. Su hijo José aprovechó estas buenas lecciones: más franco que su madre, profesaba abiertamente el desprecio de los tratados. Es decir, que entre los prínci-

(1) REMUSAT, en la *Revista de Ambos Mundos*, 1859, t. VI, p. 665.

pes ese derecho no es más que una vana palabra, y que solamente reina la fuerza.

Los reyes se encargaron de dar esta lección á la Europa, como para legitimar la revolución que se preparaba contra la monarquía. Un historiador dice que la política del siglo XVIII, de aquella época de luces, fué la política del robo (1). Aplicada á los reyes, la censura es justa. El reparto de la Polonia es el crimen que no puede expiar la monarquía. ¿Por qué pisoteaba todo derecho y toda justicia? No es á la filosofía á quien hay que culpar, sino á la monarquía absoluta que reinaba en Europa. Quien dice monarquía absoluta, dice negación del derecho, y cuando el derecho no es respetado en lo interior de los Estados, ¿cómo lo ha de ser en las relaciones internacionales, en donde siempre ha reinado la fuerza? Pero si bien ha reinado en el pasado, no reinará ya en el porvenir. Precisamente á este siglo de las luces, á esta filosofía tan desacreditada por los hombres de la reacción, se debe la doctrina de humanidad, de justicia y de fraternidad, que algún día ha de renovar la política é introducir el derecho allí donde estaba entronizada la fuerza.

§ II.—El despotismo.

I.

Los historiadores modernos no encuentran bastantes maldiciones contra las torpezas de la monarquía en el siglo XVIII. Como de costumbre, los últimos son las víctimas propiciatorias de las faltas que pesan sobre generaciones enteras. Esto es injusto. No tratamos de rehabilitar la memoria de Luis XV; ¡Dios nos libre de semejante pensamiento! Pero no es él el único culpable. El despotismo, ese azote de la humanidad, es el mismo en Berlín, en Viena, en San Petersburgo y en Versalles; los reyes filósofos, las emperatrices que están en correspondencia con Voltaire, no tie-

(1) SCHOELL, *Curso de historia*, t. XXXVII, p. 27.